El Español.—Este ensayo de Waldo Frank, publicado en el número anterior, es un capítulo de la obra *Virgin Spain* que aparecerá en la próxima primavera. Esta noticia será grata a los lectores. El nuevo libro de Frank, parejo de su *Our America*, presentará en toda su amplitud su visión de España.

Die literarische Welt (El mundo literario).—Publicado por la editorial Ernest Rowohlt, aparece en Alemania este semanario, parecido en su contextura y propósito a *Les Nouvelles Littéraires* de París. De la sección española está encargado el gran crítico Ernst Robert Curtius. Sería interesante para nuestras letras que todos los escritores españoles e hispano-americanos le remitieran sus libros nuevos. Dirección: Die literarische Welt. Verlag Ernst Rowohlt, Postdamer Strasse, 123, Berlín W. 35.

LIBROS RECIBIDOS

Alicia Porro Freire: *Savia Nueva.* (Poesías. Montevideo.)—Juan Carlos Abellá: *Tiempo.* (Poesías. Montevideo.)—Godofredo Lazcano: *El cuerno de oro.* (Poesías. Córdoba.)—Roberto Ledesma: *Caja de Música.*—Enrique Casas: *La covada y el origen del totemismo.* (Editorial Católica Toledana. 4 pesetas.)—Luis Araquistain: *El peligro yanqui.* (2.ª edición. Sempere. 4 pesetas.)—Julio Bernácer: *Alquimia Espiritual.* (Caro Raggio. 5 ptas.)—M. Asín Palacios: *El místico murciano Abenarali.* (Revista de Archivos.)—Pierre Girard: *Lord Algernon.* (Editions du Sagittaire. S. Kra, París.)—Villa Cather: *Mon Antonia.* (Payot, París.)—Mariano Brull: *Quelques poèmes.* (Traduits de l'espagnol por F. de Miomandre et P. Werrie.)—Edmundo van der Biest: *El dardo en la herida.* (4 pesetas.)—Ramón Zelaya: *Bocetos raros.* (San José.)—Enrique Méndez Calzada: *Cantos a Rosario.* (Rosario.)—S. Sarrá Serraringals: *Paraules del poble.* (Sabadell.)—J. A. Ramón Sucre: *La torre del timón.* (Caracas.)—Julio J. Casal: *Arbol.* (Biblioteca Alfar.)

REVISTAS

London Mercury. (Noviembre, Londres.)—*Mercure de France.* (Noviembre, París.)—*Neue Rundschau.* (Noviembre, Berlín.)—*Revue Européenne.* (Noviembre, París.)—*The Dial.* (Octubre, Nueva York.)—*Mercurio Peruano.* (Julio y Agosto.)—*Revista Parlamentaria de Cuba.* (La Habana, Septiembre y Octubre.)—*Abendland (Deutsche Monatshefte für europaische Kultu , Plitik und Wirtschaft.* (núm. 1 y 2 Gilde-Verlag, Berlín.)—*Revista de Derecho Privado.* (Madrid, 15 Noviembre.)—*La Muse Française.* (París, 10 Noviembre.)—*Renovación.* (Perú, Octubre 1925.)—*Sagitario.* (La Plata, Septiembre, Octubre.)

IMPRENTA CARO RAGGIO: MENDIZÁBAL, 34, MADRID

Año III N.º XXX

Revista de Occidente

Director:
José Ortega y Gasset



Sumario

V. ANDRÉS ALVAREZ: *Telarañas en el cielo* * JORGE SIMMEL: *El problema de la situación religiosa* * LUIS CERNUDA: *Versos* * ANTONIO ESPINA: *Las dramáticas del momento* * H. SPANGENBERG: *Los períodos de la Historia Universal. (Conclusión.)*
Nuevos hechos, nuevas ideas: J. DANTÍN
CERECEDA: *El hielo cósmico y la novísima meteorología de Hanns Fischer*

NOTAS.—CORPUS BARGA: Gravitaciones. Sobre la poesía pura JOSÉ M.ª SACRISTÁN: La crisis primaveral * FERNANDO VELA: Pierre Girard, *Lord Algernon* * J. D. C.: Enrique Casas, *La covada y el origen del totemismo* * ANTONIO MARICHALAR: *Igitur* * ADOLFO SALAZAR: Hamlet en pijama o el hábito y el monje

Precio: 3,50 Madrid Diciembre 1925

«*Lord Algernon*» se abre con el primer día primaveral en Inglaterra. «El viento soplaba del Este..., los trenes corrían más veloces; los maquinistas con el rostro anaranjado por el sol se pusieron a cantar... Algernon corrió a besar la fotografía de su prima Betty, no porque la amase, sino porque era la única fotografía de mujer que había en su cuarto.» En la página 22 ya encontramos otra primavera: «al atardecer todos los pianos sonaban a la vez y los conductores de los tranvías sabían Schumann de oído», etc. En la página 72 es «el día más hermoso de la primavera. Los hombres lo comprendían, y todo el barrio bordoneaba con un ruido laborioso, como si toneleros y caldereros hubiesen jurado hacer un solo día todo el trabajo de su vida... Pasaban charangas reunidas sin duda por el deseo individual y repentino de los músicos...» Y otras primaveras en las páginas 94, 126, 253 y en casi todas las páginas del libro. Las novelas del acromático Pierre Girard tienen que desarrollarse exactamente de abril a junio. Un poco antes se amoratarían con el matiz del acné rosáceo; un poco después su miopía tornaríase ceguera. También podría Girard observar esta nueva unidad de tiempo, la unidad estacional, situando su novela en un otoño, reverso exacto de la primavera.

Todos los fines propuestos a la novela, análisis, ambiente, acción, aventura, quiebran con Pierre Girard. No busquemos psicología ni sociología. A lo más, encontraremos metereología. En ninguna otra novela se establece tantas veces la dirección del viento, ni caen tantos chaparrones, ni se mira tanto al azul del cielo. Ningún personaje, como lord Algernon, tan sujeto a las humoradas del tiempo, salvo el fraile higrométrico. Siempre que está alegre resulta que hace sol; siempre que está triste resulta que llueve. Las sombras de las nubes que pasan sobre Ginebra influyen más en él que las tormentas internacionales sobre su convecino lord Balfour. Su pena y su alegría, efímera y sin trascendencia, son más bien meros accidentes metereológicos. Y como no existe sociedad alrededor de sus figuras, ni paisajes, ni más realidad que brisas cálidas, brisas tibias, brisas frías, sus novelas parecen desarrollarse fuera de la tierra,

en un plano aéreo, en la copa de un árbol, en el poyo de una ventana, allí donde los personajes de Girard se suben a tocar el banjo.

La novela romántica comenzó presentando «temperamentos» indecisos, nebulosos de jóvenes: Adolfo, Werther, Obermann, René, *l'enfant du siècle* de Musset. De este protoplasma salieron después por solidificación los «caracteres» de la novela realista. Por un fenómeno análogo, la novela novísima está poblada de adolescentes: Jacques Forestier, Tomás el impostor, Philippe, los «indiferentes» de Giraudoux. Estos son los Werther y los Adolfos de nuestro tiempo, de los cuales, al envejecer, se derivarán los «caracteres» literarios de la época. Con esta idea mía, ya consignada en el número VIII de esta Revista, coincide ahora Edmund Jaloux, precisamente acerca de «*Lord Algernon*». Lord Algernon es otro de estos Werther deportivos. Y como el de Goethe, deja traslucir la imagen de su procreador: un joven muy rubio, casi albino, algo miope, con bigotito a lo Charlot —*FERNANDO VELA*.

ENRIQUE CASAS: *La covada y el origen del totemismo.* (Editorial Católica Toledana.)

LA covada es una parodia del parto representada por el marido, en tanto su mujer disimula el acto de dar a luz. Para unos —desde Maurel a Künich— parece con ella pretenderse autentificar la paternidad, teoría que, a lo que parece, arrincona su propia desventura; para otros —con Crawley a su frente— se intenta con la covada despistar a los espíritus —dada la enorme mortandad entre las parturientas de pueblos primitivos— y que el marido sirva de pararrayos a su mujer. Según Casas, el marido se está en la cama una porción de días recibiendo parabienes, en tanto la recien librada pone todo

su empeño en pasar inadvertida de los espíritus. Cómplices en el engaño son los deudos que prestan solícitos cuidados a quien rebosa salud, en tanto gime con sordina, por no llamar la atención de los espíritus, la que—con frase misma del autor del libro—*está pasando la pena gorda*. El marido se atrae, pues, la cólera de los espíritus, y como en la práctica su exposición resultaba nula, ningún motivo tenía para abolir esta costumbre que, a los ojos de los demás, le consagraba de padre.

Tal es la explicación de la covada que según el Sr. Casas «ahora está en candelero» y sirve de cimiento al estudio entregado a nuestro comentario. Falta siempre saber si ella es la verdadera, porque aun cuando antaño los etnólogos se empeñaron en atribuír ideas simplistas a los pueblos primitivos, el hecho es que cuando mentes de alto rango—como en el caso de Baldwin Spencer y Gillen—han acometido el estudio de tribus, de aparente rezago, como algunas australianas, se han encontrado con que era extraordinaria su complejidad social, económica y religiosa. Hay, pues, siempre, al menos para nosotros, la sospecha de que no haya inteligencia entre los primitivos y sus intérpretes, por disparidad de sistemas de ideas. ¡Cuántas veces la interpretación europea queda por insignia incongruente con el mundo de sus ideas! Hoy en boga los sistemas inspirados en el horror a los espíritus, no es desatinado suponer sintiera miedo de oírse llamar madre la mujer que pare a hurtadillas y que endosase la denominación al que oficialmente ocupaba su puesto en la escena del alumbramiento. Así nace, para el autor, la por él llamada covada nominalista. Y pues el totemismo es, según la definición de Reinach, un pacto de alianza entre un clan de hombres y un clan de animales, parece ser en el fondo—y en la vaga lejanía a que nuestra mente lo tiene ya relegado por olvido o abandono del sistema de ideas necesario para las interpretaciones totémicas de los primitivos—que el totemismo es una covada nominalista en que el hombre fué el solicitante del parentesco con un animal, lobo, león, serpiente, etc., no porque se engañase acerca de su propio origen, sino para extraviar a los espíritus.

La covada estatuaria se explica porque el hombre «iba escurriendo el bulto»—en tales términos lo afirma el autor—y hubieron de pechar las estatuas con la procuraduría de las parturientas. Las estatuas, blanco de los espíritus, no tardan en ser alzadas por la devoción al rango de dioses y en Micenas se llaman Hera; en Argos, Ilitia; en Creta, Lecho. Covada que pasa por extrañas evoluciones al recaer de nuevo en el sexo masculino, en San Ramón Nonnato.

Entre las muchas formas con que la covada se enmascara, pocas son tan interesantes como las siguientes. La covada de la madre tierra se evidencia con la costumbre de tender en el suelo al recien nacido, que para Dieterich es símbolo del alumbramiento del hombre por la tierra. Levana era, entre las romanas divinidades, la encargada de extraer al niño de las terrestres entrañas. Si en muchos pueblos la mujer prefiere parir puesta de rodillas, acaso la madre pretende, arrimándose al suelo, que los espíritus no acierten a distinguir cuál de los dos es el actor.

La liturgia bautismal delata, para Casas, su procedencia covadesca. Si se nos cristianiza en brazos extraños y es manifiesta la ocultación de los padres en la ceremonia bautismal, es que a nuestros antepasados les faltó valor para presentar sus hijos a los espíritus.

Es de patente claridad la covada zoológica. Entre los esclavos del Sur, al nacer un varón vístenle con pieles de lobo y anuncia su venida al mundo una comadre que sale de la casa voceando: «Una loba ha parido un lobezno». Por si los espíritus tuvieran por patraña semejante declaración y se acercasen para comprobar la verdad, visten al infante de lobato.

Todavía, en expresión de una covada de orden forestal, repiten las congolesas el viejo bello mito de Mirra, la incestuosa madre de Adonis, vistiéndose con cortezas del árbol sagrado, de modo que aparezca ante los espíritus que no ha alumbrado una mujer, sino un árbol. Según Casas, en las Molucas cuando el alhelí (creemos será más bien el clavo) está en flor, se le considera y trata como a mujer en cinta.

El origen remoto de la cuarentena de las paridas sería ocultarse a los espíritus por librarse de ellos. Entre los Goalas (de Bengala), el marido y la recién librada se están mano sobre mano tres semanas huídos de los espíritus que les aguardan, al acecho, en sus ocupaciones habituales. El temor de la primitiva a los espíritus, explicaría el infanticidio, mediante el cual se hace desaparecer la única pieza de convicción del parto.

El infanticidio ha sido seguido o acompañado de la redención de la infancia. Para liberar la restante progenitura, se ofrecían los primogénitos a una divinidad y en Palestina (Tierra Santa de Gezer) se ha encontrado un cementerio de recién nacidos alojados en vasijas de barro. Sin que falten casos en que los menores son sacrificados a la salvación de los mayores, es más general que para que vivan aquellos se mutile a la familia en los primeros vástagos. En Egipto se sacrificaba por Pascua los primogénitos de los animales. Acaso la vida del niño se rescató con la de un animal de precio y las sucedáneas permutaciones son resultados de regateos. Entre los judíos se destetaba a los tres años y para festejar el destete de su hijo Samuel, Hansa sacrificó un novillo de tres años, edad justa de la amada criatura. Campbell Thomson, expositor de la magia semita, afirma que en tiempos prehistóricos el semita era caníbal, inmolaba al primer hijo y se lo comía en un convite sagrado (comunión). Abolido el canibalismo, persistió el hábito reemplazando el sacrificio humano por la inmolación de un primogénito animal.

Supuesta la malquerencia de los espíritus a los recién nacidos, se procura ocultar a los niños durante algún tiempo. En Borneo dejan innominado al niño los tres primeros años de su vida—pues sin nombre es como si no existiese—y cuando al fin se deciden a bautizarle, eligen un nombre disgustante que repela y aparte a los *toh*. La cosa es más original entre los indígenas venezolanos: el piache succiona al recién nacido y cuando supone le extrajo los malos espíritus, revoca la fachada del pequeñuelo, pintándole de rayas bermejas a fin de que lo

desconozcan y se extravíen si intentan regresar y alojarse de nuevo en él.

Para Casas el totemismo tendría la génesis siguiente. Parece evidente que el disimulo del parto con otro mentido había de conducir al disimulo del hijo propio con otro apócrifo, al decidirse a poner a salvo la vida de aquél. Hay, pues, la evidencia de que los hombres se han dado un hermano gemelo de distinta especie con el que conservan relaciones que pueden calificarse de fraternales, y así define Frazer el totemismo como «una fraternidad imaginaria establecida entre un grupo de seres humanos de una parte y un grupo de cosas, especialmente de animales, de otra». Las kunis matan a los hijos de los tres o cuatro primeros años de matrimonio y crían, es decir, dan de mamar a lechones. Con esta conducta preparan a los espíritus a la idea de que los hijos que más tarde críen son de animales y no suyos.

En esta vía cree Casas que el tabuismo del totem viene basado en el servicio de protección que presta, pues que el primitivo «endosa los peligros del parto, mediante la covada, a las plantas y animales y matándoles los golpes de los espíritus serían recibidos directamente por la mujer».

El lazo totémico, de largo abolengo, se mantiene con formas diferentes de comunión y sacrificio, entre las cuales, y mediante cópula fingida o real, no es extraña la comunión sexual encargada de renovar—por repetición del acto generador que engendró el antepasado del clan—la alianza de la tribu humana con la tribu animal. En tiempos de Herodoto persistía en Mendes la unión de la mujer con el animal totem; en los de Diodoro, en Menfis y Tebas y bajo el reinado de Tiberio se practicaba en Roma en el templo de Anubis. Y al cabo, por remoto que sea su origen y exquisita la depuración a que, en su lento alquitaramiento, haya podido llegar una religión, el sacrificio es una identificación genealógica por la comunión ceremonial.

Tal es, muy en síntesis de sus líneas generales y no sin poda de importantes ramas, el contenido del libro del señor

Casas sobre la covada y el origen del totemismo. Surgido en momentos de grande curiosidad por estas cuestiones, pleno de riqueza conceptual, acaso echamos de menos un afán de mayor rigorismo en su estructura, de más firme trabazón y coherencia, en obra, como la presente, interesante por más de un motivo y escrita con manifiesta preocupación de modernidad literaria. No empañada aun habiendo de registrar algunos desenfados como «el marido toma las de villadiego» (pág. 9); «el marido atiza garrotazos» (pág. 10); «le dan una buena azotaina al intrusillo» (pág 12); «la emprende a leñazos con la madre» (pág. 17), etc. Otros, de suprarrealista ademán, no los desdeñaría Saint-Pol-Roux. — *JUAN DANTÍN CERECEDA.*

I g i t u r

On naît avec un chef-d'œuvre en soi; on le manque pour l'avoir voulu.

Max Jacob.

COMO nube que adelanta a otras nubes, se desliza, rápido, tiempo atrás, por los aires, algún mágico tapiz volador. Mal seguro, yo, sobre el lomo afelpado, que hace tenso el viento, me sostengo con dificultad; mi mano busca otra próxima: la de un viejo poeta parnasiano, tieso y alto, en cuya invisible cimera flamea fiero airón. ¿Heredia, el de los trofeos? Conoce mi callado anhelo y quiere darle cumplimiento. Así sea. Quede para otro la batalla de los Campos Catalaúnicos; yo, aunque más obstinado, soy, quizá, más modesto en mi torcedor; — cuando se pretende lo absurdo, hay que desearlo con moderación. Siento que estamos llegando a uno de aquellos martes legendarios, anidados en la «rue de Rome». La casa se distingue apenas; en el cielo no hay luz. Detrás de una vidriera brilla el hogar del escondido profesor; — en el membrete de sus pliegos reza: S. M. (Servicio Municipal). Él, rodeado de sus amigos, enhebra aquel hilo inicial del simbolismo en que vendrá a ensartarse, más tarde, la poesía pura. Ante la puerta se nos queda el deseo, en puntillas, retenido, antes de llamar. La mano, a tientas, avanza y un timbrazo fugitivo llega, por el pasillo, hasta el comedor. El eco de unos pasos; los goznes obedecen. Estamos ante el propio Mallarmé. Es, anticipo de su ambiente, ya, azul-gris, todo él: la cabeza en las nubes, el mirar muy velado y el ademán sonámbulo de soñador; trae en la boca una tenue sonrisa flordelisada y sobre los hombros un lacio mantoncillo a cuadros, mustio, desflecado. Nos adentra; recorremos el corredor. Al final, una habitación nos aguarda, pero hay en ella un humo, denso y cálido, que lo penetra todo y nos cierra la vista y el paso. Los ojos, poco a poco, se acostumbran: irritados, atisban algún que otro mueblecillo muy burgués, en el que tímidamente se apunta un motivo Luis XV. Humo, mucho humo, apretado y quieto, anega la escena hasta esfumar la representación. Gracias, empero, a la jofaina invertida de una lámpara de comedor; ella vuelca, sobre la mesa, una luz ronca, turbia, que, medio asfixiada, se derrama sobre el amplio cacharro de tabaco triturado, donde se aprovisiona cada cual. Distingo vagas figuras esmeriladas que se agrupan en rededor. Su irrealidad se les desmorona en ceniza por una mano, mientras que la cabeza se diluye en un nimbo que, a su vez, se evapora en leve voluta azul. Una interrogación impalpable se mantiene sobre la frente de cada silencioso fumador. El maestro, en pie, se apoya junto al fuego, y, reanudando su magistral monólogo, lía — con una sola mano — el cigarrillo del que se ha de escapar su correspondiente espiral. Todos le escuchan extasiados. Uno, sin embargo, acompaña el silencio con el pertinaz rasgueo del carboncillo sobre un papel de fumar: una mano «lilial» (*sic*) obedece a los ojos habituados a captar sinfonías en la niebla — los ojos de Whistler quizá.